

**REFLEXIONES EN TORNO AL HOMBRE
Y LA TÉCNICA A PROPÓSITO DE
“MEDITACIÓN DE LA TÉCNICA”,
DE JOSÉ ORTEGA Y GASSET
Miguel Úbeda Martínez**

EL DESEO DE VIVIR

Verdad de perogrullo: una vez empezado el libro, e imaginando encontrar un desarrollo directo de lo que yo suponía problemas de la técnica, encuentra el lector un episodio dedicado al deseo de vivir, radicado en el planteamiento orteguiano de la técnica; sorprende –al menos a mí– encontrar una afirmación de tal estilo, dado que, por mucho que hubiéramos reflexionado sobre el problema técnico, jamás hubiéramos planteado seriamente el que las personas tuvieran voluntad de vivir. Esto sorprende al recién iniciado en la lectura orteguiana, porque consideramos el deseo de vivir tan evidente, como el respirar o el ir vestidos. Sin duda, el deseo de vivir coincide con el desarrollo de la voluntad del hombre (es decir, su primera voluntad: asumir los riesgos que comporta, las dificultades que le son consiguientes es la tarea a realizar) Bajo la voluntad se inscribe la naturaleza del hombre: voluntad y existencia son equivalentes, es decir, el hombre sin voluntad de hacerse a sí mismo, sin voluntad para realizar su proyecto histórico de hombre y adaptarse a las circunstancias es lo mismo que decir no-hombre, animal, distinción que también incluye Ortega en su tratado –el animal no es un ser voluntario, sino instintivo, hasta el punto de dejarse morir casi por instinto si no encuentra comida que lo ayude a sobrevivir– Así, la técnica se inscribirá en las coordenadas que marca la voluntad, de vivir y pervivir.

Tampoco es extraño, bajo mi punto de vista, que me choque esta afirmación: tan empeñados estamos, a veces en desenvolvemos en eso que hemos dado en llamar “mundo”, que jamás nos hemos planteado el por qué primero, si es realmente interesante vivir, tener ese deseo: aquí vendría una cuestión subsiguiente: ¿tiene uno conciencia, al nacer, de que quiere vivir? ¿Cuándo delimitamos el sentido de nuestra existencia, en función a qué? Sencillamente habrá que hablar de un segundo nacimiento: el del hombre en cuanto que se desenvuelve en el mundo. Construido poco a poco, casi nunca decide en base a su raíz, sino a circunstancias que le sobrevienen en la vida: si esta le es gene-

rosa, desea vivir más, busca nuevas metas, nuevos alicientes. Aún así, al que le es ingrato el destino, el que no acaba de disfrutar de la felicidad, tampoco desea la muerte: simplemente desea la mejora, porque en sí está la esperanza de mejorar. Pero, ¿de dónde viene el deseo de la muerte? (y esto en íntima relación con la técnica). Desde los primeros tiempos, el hombre ha ido construyendo un mundo paralelo: el que le ha permitido la modificación del entorno natural, ha ido construyendo una ficción mejor de lo que había sido otorgado una vez que viene al mundo. Y, sin duda, hay que asistir, a la vez que la técnica se instala en el hombre, a la aparición de una serie de motivos, de conceptos paralelos: la felicidad, el bien, la alegría y lo que lo provoca, es decir, que lo que quede del hombre "puro", de cualquier rastro de naturaleza humana basada en la fisiología, está enturbiada por la técnica. En cierta manera es la analogía de Narciso: se ve reflejado en el agua, pero al intentar besarse, ésta se revuelve, haciendo desaparecer la imagen del bello muchacho.

Así podría ser, de manera mitológica, el nacimiento de la técnica: El hombre vive en un jardín: nada conoce sino éste, y en este experimenta la felicidad, el bien supremo, la alegría. Comete el pecado: en el paraíso también encuentra el hombre la sabiduría de Dios, el árbol de la ciencia, del bien y del mal. Una vez que el hombre conoce, tiene conciencia de que es ante Dios (es decir, recibe una existencia como individuo, siente pudor de enseñar su sexo por que lo considera como algo íntimo, propio y exclusivo) es decir, se convierte en un ser técnico, decisivo: el paraíso se ha acabado para él y es expulsado, con la esperanza intacta de poder volver algún día. Eso es la técnica, dentro del hombre. Parte del deseo radical, de la voluntad de vivir (y vivir bien), pero el hombre se encuentra con una serie de dificultades que se lo impiden: aquí es donde acude la técnica para ponerse al servicio de los hombres, es decir, se convierte en un instrumento necesario para la consecución del bien. A partir de aquí, la técnica empieza a recuperar para el hombre el paraíso perdido por él ("Ganarás el pan con el sudor de tu frente") precisamente la técnica pretende hacer ganar al hombre ese pan con el menor sudor posible, es decir, hacerle regresar al paraíso a través de liberarlo de necesidades onerosas, y al mismo tiempo crearle otras necesidades nuevas, en una espiral sin fin Sería bonito: la técnica le permite al hombre reconquistar el paraíso en la tierra, en cuanto que, hoy por hoy, vive en un medio, en un ámbito en el que se incluyen las relaciones sociales y sentimentales enajenado, distinto a lo que se encontró una vez que se le pone en el mundo: de ahí la relación entre técnica y voluntad de vivir, puesto que vivir es, para el hombre, transformar el mundo en función de su voluntad de pervivir: cuanto más prolongada quiere que sea su existencia, mayores medios habrá de procurarse para ello, es decir, tendrá que ingeniar mecanismos para responder a sus propias necesidades que lo lleven a conseguir el deseo de vivir.

¿Qué introduce la técnica?: la técnica es inseparable del hombre como prolongación de su inteligencia, o si se quiere, resultado de su inteligencia operante (que está encaminada a la construcción de instrumentos) Estos instrumentos, usados para transformar el mundo, acaban por convertirse en objetos valiosos, es decir, que el que los posea tendrá poder de hacer, de dominar. Y si hay alguien que domina tiene que haber, como contrapartida, algún dominado: la técnica introduce esta diferenciación; en cierta manera introduce el concepto de valor y de objeto, ante la perspectiva de ser útil para algo. Porque, si no hay un sentido técnico, útil —es decir, mecanismo que nos ayude a liberarnos de penosas cargas como enfermedades, hambrunas, etc.— de las cosas, también desaparece el sistema de valor que nos permite afirmar de una cosa “esto es bueno” Así, la técnica coincide con la valoración de las primeras necesidades como lo imprescindible para sobrevivir, en el caso de que lo hayamos decidido. La técnica se confunde con la naturaleza del hombre: sin ella estamos indefensos y no sabríamos actuar en el mundo; en este caso, la técnica obedece a la siguiente ecuación: medio técnico=útil=bueno. Visto así, este sentido es peligroso: peligroso porque puede desembocar en un tecnicismo atroz, o por contrapartida y fruto del miedo, en un antitecnicismo que, como se desprende de lo expuesto, es antinatural en el ser humano. De ahí a identificar técnica y bien solo media un estrecho paso. En este sentido, podremos encontrar experiencias interesantes y antitécnicas como son las bellas artes, la literatura, todo lo que atañe al aspecto creativo del hombre que está en otro lado. Estas se apartan de la lógica de la técnica, que obedece a la forma “esto es bueno si me ayuda a conseguir lo que quiero con el menor esfuerzo posible” —radicalmente, valor primero de la técnica, conforme nos la presenta Ortega (como contribuyente a aumentar la capacidad del hombre para transformar el mundo)— porque sus productos no son útiles, al menos no son útiles en el sentido técnico, es decir, medios para llegar a un fin de la manera más cómoda posible. El objeto artístico es valioso en sí mismo, y parte de su valor radica en la originalidad, en la unicidad, aspectos que la técnica se empeña en no ofrecer.

Así, vemos que la técnica introduce una jerarquía social, un sistema de relaciones basado en el sentido de “valor” mediado por la posición que ocupan en relación a los medios técnicos que permiten la producción. Pero más que los medios de producción en sí lo que afecta a los hombres es el mundo que produce: ¿Pero hay que definir lo que es el hombre? Ortega nos va a presentar la técnica como un producto necesario: en su intento por establecer qué sea el hombre, es importante darse cuenta de lo que significa “producto”: en sentido radical es lo producido por el hombre, Y por tanto perteneciente a él. ¿A dónde nos lleva Ortega con esta reflexión? Sencillamente nos está poniendo en perspectiva, nos está avisando de que, al igual que el mundo, la téc-

nica forma parte del hombre precisamente porque él lo ha producido: querámoslo o no, el hombre se encuentra de frente con la vida, y ante ella ha de preguntarse cómo actuar. En cuanto al problema de la técnica se refiere, Ortega vislumbró, allá por el año 1933, que la técnica se estaba identificando más con la vida ante la que el hombre debía enfrentarse, y así, había que estar preparados, de tal manera que a través de delimitar cuál iba a ser la magnitud de la técnica descubre también cuáles son las verdaderas necesidades del hombre. Ortega caracteriza al hombre como el ser capaz de ir en contra de su propia naturaleza (o más bien, de ir en contra del medio natural, puesto que otra cuestión es definir la naturaleza del hombre) ¿Qué queremos decir cuando afirmamos que el hombre no es parangonable con los demás animales? Sin duda hacemos referencia a la propia naturaleza que nos permite reconocer al hombre como un ser distinto, con capacidades y formaciones diferentes a las de los demás animales. Bajo mi punto de vista, el definir cuál sea exactamente la naturaleza del hombre es tarea imposible, puesto que habría que establecer, dentro de la definición, distintas categorías por cada uno de los aspectos que conforman al ser humano, lo físico y lo espiritual: Un rasgo común a estos dos campos, y que ya se ha señalado antes, es que el hombre tendería, por naturaleza, a transformar el mundo, es decir, sería un ser eminentemente técnico. En cierta manera Ortega parece identificar naturaleza humana y ser técnico, mediado por la voluntad y la determinación histórica.

Si, además, lográsemos una naturaleza humana, estaríamos estableciendo primero la igualdad de todos los hombres, por lo menos fisiológicamente, y luego la imposibilidad de atentar (la posibilidad de condenar su atentado).

El vitalismo de Ortega en este libro radica, a mi juicio, en que en el fondo está planteando la posibilidad de una naturaleza humana basada en el desarrollo de la técnica, en la función básica del hombre, que consiste en transformar el mundo. Ahora bien, esta continua actividad, este cambio continuo ha de ser sometido a revisión: una característica fundamental de nuestro tiempo, y que Ortega señala, es la aceleración de los procesos de transformación de la naturaleza, creando un sistema de relaciones nuevo. Es ahí donde reconocemos que el hombre actual ha pasado de servirse de la técnica para mejorar sus condiciones de vida a ser él mismo esclavo de la técnica, a instrumentalizarse (Tiempos Modernos, de Chaplin es un ejemplo satírico de ello) y a olvidar paulatinamente que como hombre, él mismo no puede ser un producto a. su vez de otro producto suyo (la técnica). Esto establece una analogía, por ejemplo, del Frankenstein de Mary Shelley: la creación que se rebela contra su creador y lo supera, haciendo de él una identidad sin valor. Aquí es donde hay que enarbolar la bandera del vitalismo crítico de Ortega, que hábilmente nos prepara para afrontar esta cuestión: al reconocer que la técnica está ligada, a la esencia del

hombre (a través del desarrollo de la voluntad, del deseo de vivir) la plantea en su dimensión histórica, a la vez que la salva de una quema segura, o de su total rechazo. Así, no cabe más remedio que aceptar el desarrollo técnico como un rasgo característico del ser humano, pero como producto suyo también tiene establecidos unos límites. Recuerda Ortega que la función primera de esa técnica: es la de servir al hombre en su camino para reconquistar el paraíso, y de tal función jamás se podrá desprender destrucción, el aniquilamiento. Para ello, hay que reconocer en la técnica ciertas limitaciones: de las reflexiones de Ortega se siguen ciertas limitaciones morales, basadas sobre todo en el concepto de naturaleza humana que no puede ser transgredida, a la vez que meramente materiales, como es el reconocer la dimensión histórica del individuo, por un lado, y de la técnica por otro.

La dimensión histórica del individuo se resume en que sólo es mero proyectarse hacia el futuro. Así, la principal tarea sería la de desarrollarse a sí mismo a través de la historia, siguiendo un plan preconcebido, y ante el cual él mismo sería su límite. Así, la técnica se entiende como un apoyo dentro del plan antes mencionado, es decir, ha de verse que, para realizarse como proyecto, el hombre tiene que contar con una serie de mecanismos que se lo permitan, y precisamente la técnica proporciona esos mecanismos. Contra ese proyecto que se ha forjado iría, en primer lugar, la naturaleza. Porque todo plan del hombre es antinatura —no contra la suya propia, sino contra el medio que lo envuelve— en el sentido en que su actitud se resume en la transformación de su entorno. Este proceso está constituido por el propio tiempo vital, y sólo tiene como límite la muerte: ahora bien, ¿qué mecanismos están permitidos de cara a la consecución de este fin, es decir, del proyecto del hombre? Sin duda, los que no afecten a los proyectos de vida de los otros hombres, y aquí entra el compromiso de la técnica. Como ayuda al bienestar, es la técnica el único medio para conseguirlo: por otro lado, ese mismo bienestar es un valor en sí, lo cual legitima su consecución, o por lo menos el acercarse lo más posible a él. La problemática se presenta en cuanto reconocemos que todo vale en su consecución, y en virtud a eso podremos sacrificarlo todo; esta es una postura arriesgada, a la vez que legítima: así, hay que considerar al bienestar como valor, pero no como único valor. Si se absolutiza, corremos el riesgo de sacrificar nuestra vida a su consecución, con lo cual la búsqueda pierde todo sentido, a la vez que podemos caer en el desprecio por los demás.

Por otro lado, el reconocer la dimensión histórica de la ciencia permite, en primer lugar, ligarla al ser humano como producto suyo y no como realidad exterior a él. Como tal producto histórico, hemos de apreciar que su naturaleza es cambiante, lo cual no legitima ningún mal uso ni absolutización, a la vez que es susceptible de ser reglamentada.